

Desde la historia, un homenaje al ILH

Jorge Gelman

Agradezco la invitación de Noé Jitrik y del Instituto de Literatura Hispanoamericana a conmemorar los jóvenes 80 años del Instituto. Y digo jóvenes, no porque tenga menos años que el Instituto Ravignani (lo que es estrictamente verdad) sino por la vitalidad que tienen el ILH y su director, la cantidad de iniciativas que se suceden, la energía crítica que despliegan, que es notable.

No voy a decir más que unas pocas palabras, de alegría, de reconocimiento al trabajo que su director y todos sus integrantes han hecho y siguen haciendo.

El Ravignani, que me toca coyunturalmente dirigir, se siente muy cerca del ILH. No solo por la amistad que nos une a mí y al anterior director, José Carlos Chiaramonte, a Noé y a varios de sus integrantes, sino también por la cercanía de nuestros intereses de investigación.

Literatura e historia están quizás cada vez más cerca, al menos en la percepción de los historiadores.

Cuando Renzi y Tardewski, de *Respiración artificial*, entran en la casa del profesor Maggi, ese profesor que estudia las cartas y papeles del secretario de Juan Manuel de Rosas,

encuentran entre su magro mobiliario una biblioteca con libros de historia, entre los cuales están *La vida de Rosas*, de Irazusta y *Alberdi y su tiempo*, de Mayer. Pero también de Tullio Halperín, *Revolución y guerra*, su obra magna, y de Chiamonte, *Nacionalismo y liberalismo*.

Y de esos estudios y del caso de Rosas que indaga Maggi, vamos al presente y también a la generación anterior a los protagonistas, en un viaje de ida y vuelta que va iluminando el pasado y el presente opresivo, que se alude y elude.

No necesito decir que muchas veces comprendemos mejor la historia a través de la literatura, porque la libertad con la que puede adentrarse en la complejidad de la experiencia humana es difícil de lograr por una investigación histórica. Como saben, algunas obras claves de los orígenes de la literatura argentina, como *El Matadero* o *Amalia*, han significado mucho para entender el rosismo o al menos la experiencia de un sector de la población ante él. O mucho más cerca, la extraordinaria novela de Martín Kohan, *Los Cautivos*. No son libros de historia y creo que no pretendieron serlo, y sin embargo nos permiten respirar trazos de esa historia como difícilmente lo hace un estudio de historia, con las limitaciones que nos auto-imponen las reglas del oficio.

O, para salir de Argentina, *Pedro Páramo* y los maravillosos cuentos de *El Llano en Llamas* de Rulfo, que nos hacen casi vivir la experiencia de los campesinos mexicanos de inicios del siglo XX y la revolución, mejor que muchos libros de historia.

Mis colegas Raúl Fradkin y Gabriel Di Meglio incluyeron, en un libro reciente sobre experiencias políticas populares del siglo XIX, el cuento de Piglia “Las actas del juicio”, que narra el supuesto juicio del asesino de Urquiza, junto a varios ensayos históricos. Y explican allí por qué publicaron un texto de ficción en ese libro de historia: para el historia-

dor, nos dicen, es muy difícil dar cuenta de “las motivaciones, las ideas, las intenciones populares a la hora de pasar a la acción. Muchas veces, por problemas de documentación ellas quedan en meras conjeturas. Otras veces el ensayo o el relato de ficción pueden proponer aquello que el discurso historiográfico no puede resolver”¹. El mismo Piglia cuenta, en una entrevista que le hicieron para ese libro, una anécdota maravillosa que creo que resume lo que estoy intentando decir: él estudió historia en La Plata y tuvo de profesor a Enrique Barba, un académico de la historia (de la Academia Nacional de la Historia, quiero decir) muy rescatable, quien les decía que cualquier trabajo de historia que no tuviera al menos cinco notas al pie por página era una novela. Esto creo que expresa mejor que cualquier análisis las barreras que nos hemos impuesto los historiadores para considerar aceptable el trabajo que hacemos y así también los límites que ello implica para muchos temas centrales, para los que sería imposible poner cinco notas al pie por página... El novelista, y por suerte para todos nosotros Piglia lo fue, está libre de esa restricción y así nos puede ayudar a entender muchas cosas sobre las que nosotros no podemos escribir.

No quiero con esto decir que la literatura es mejor para la historia que el trabajo de los historiadores (aunque más no sea porque los que escriben literatura necesitan leer los libros de los historiadores para hacer esas buenas novelas, como lo hizo Renzi-Piglia con los libros de Chiaramonte, Halperín y otros), pero sí que me alegra mucho que el ILH sea este Instituto que es y que esté cerca del Ravignani, en muchos sentidos.

1 Di Meglio, Gabriel y Fradkin, Raúl, “Lo popular y la política en el siglo XIX rioplatense”, en G. Di Meglio y R. Fradkin (comps.), *Hacer política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2013, p. 14.